

## CUARESMA 2009

### **Carta de monseñor José María Arancedo, arzobispo de Santa Fe de la Vera Cruz, para la Cuaresma 2009**

*Queridos hermanos:*

**1.** Al iniciar la Cuaresma de este año, próximos a la celebración del Bicentenario de nuestra Patria, deseo compartir algunas reflexiones que nos ayuden a vivir este tiempo litúrgico, tomadas del reciente documento de los Obispos. En la vida de un cristiano no puede estar ausente el presente, la historia como el futuro de su Patria; ella es parte de ese marco providencial en el que se desarrolla su vida y, por lo mismo, lugar de encuentro con Dios y de compromiso cristiano. El hablar de "marco providencial" nos ubica dentro del plan de Dios y nos da la certeza, además, de caminar bajo la mirada de un Dios que es creador y providente.

**2.** La vida espiritual del cristiano es, por otra parte, un progresivo asimilarse al misterio de Cristo que ilumina y da sentido al misterio del hombre. Jesucristo es el "rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre" (Ecclesia in America, 67). Cuando esta presencia de Cristo se hace vida en nosotros formamos su Cuerpo, la Iglesia. (Col. 1, 27). Descubrirnos dentro de la dinámica de este proyecto de Dios realizado en Jesucristo, y continuado como historia de salvación en la Iglesia, es comprender la vocación cristiana en su dimensión eclesial, temporal y misionera.

**3.** La misión de Jesucristo se prolonga en la Iglesia como mandato que debe abrazar: "todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño" (Hacia un Bicentenario en Justicia y Solidaridad 2010-2016. n°.1). Sentirnos parte viva de esta misión salvífica de Jesucristo, es vivir el compromiso de ser sus "discípulos y misioneros" en la comunión de la Iglesia y al servicio de los hombres.

**4.** La conciencia misionera nace de un encuentro personal con Jesucristo en un marco de pertenencia eclesial. No hay misión sin Iglesia, como tampoco hay Iglesia sin misión. Por ello no iniciamos solos el tiempo de Cuaresma, como si fuera mi tiempo privado de intimidad con el Señor, sino como miembros vivos de una Iglesia que en cada uno de nosotros está llamada a purificarse, para reavivar el don de Dios, fortalecer la comunión y expresar ante el mundo la vida de Jesucristo. Esta conciencia del "ser cristiano" no puede quedarse sólo en la aceptación teórica de una verdad, sino que debe motivar una conducta de vida y de acción.

**5.** Frente a un panorama no siempre alentador en la vida política y social de nuestra Patria no debemos olvidar, sin embargo, que: "Los cristianos somos portadores de buenas noticias para la humanidad y no profetas de desventuras" (Ap. 30). Esta afirmación es un acto de fe en la fuerza del Evangelio, pero también, que esa misma fe, es un compromiso que nos habla de nuestra responsabilidad en las cosas temporales.

**6.** Es necesario estar convencidos que todo cambio pasa por el corazón del hombre. No se trata sólo de cambiar estructuras, sino de cambiar al hombre: sin hombres nuevos no habrá un mundo nuevo. Esta certeza de la fe nos hace realistas y preserva de utopías sin raíces, porque tiene su fundamento en la resurrección de Cristo, principio del hombre nuevo. Aquí adquiere toda su fuerza la novedad del Evangelio, que es la presencia viva de Jesucristo comunicada como gracia por el Espíritu Santo.

**7.** La conversión nace en una actitud personal frente a Jesucristo. El convertirnos de nuestro pecado y de todo aquello que nos impide alcanzar la verdadera "madurez en Cristo" (Col. 1, 28), enriquece a la Iglesia en su vida y compromiso social. El cristiano, como ciudadano responsable, está llamado a participar en la creación de condiciones más justas que eleven el nivel de vida del hombre y su familia, de modo especial, de aquellos hermanos nuestros que más sufren o padecen el drama de la pobreza y marginalidad. Esto, que fue una opción en Jesús, no puede estar ausente en la cuaresma del discípulo. Conversión a Dios y solidaridad con el que sufre son dos caras de la misma fe cristiana.

**8.** No todos tenemos vocación política para ocupar un cargo o formar parte de una lista partidaria, pero sí todos debemos sentirnos responsables de la vida moral, social y cultural, sea de nuestro pueblo o ciudad como de la patria. Una conversión que no tenga como horizonte inculturar el evangelio es incompleta. La fe en Dios, como la recibimos por Jesucristo, es un hecho con consecuencias en la vida social y política. La fe no me aísla, por el contrario, me debe comprometer con el bien común y al servicio de mis hermanos en todos los ámbitos de su vida.

**9.** ¿Cómo formar a este hombre nuevo capaz de vivir y proclamar ante el mundo la verdad del Evangelio? La única respuesta es un encuentro vivo con Jesucristo que transforme su vida, su modo de pensar y actuar; pero sabemos que Él no obra de un modo mágico sino con nuestra libertad. En nuestro caso, frente al acontecimiento del Bicentenario, no podemos quedarnos como espectadores de un hecho del pasado pensando que es responsabilidad de otros su recuerdo y celebración.

**10.** Por el contrario, debemos asumirlo desde la fe como una tarea que hace al comportamiento cívico del cristiano. Además, no olvidemos que la Iglesia estuvo presente desde el inicio de nuestra historia; esto es motivo más que suficiente para recordar valores, personas y testimonios que dieron origen al nacimiento de la Patria. Ella es parte de ese "marco providencial" en el que hemos recibido la fe en Dios y nacimos a la vida de la Iglesia, ello nos hace más responsables de su celebración.

**11.** La fe me compromete con el hombre en lo concreto de su historia para acompañarlo y potenciar los valores y condiciones de vida que hagan a su dignidad y desarrollo integral (cfr. L.P.N.E. cap. II). En la medida que la fe: "alcance a impregnar toda la cultura, la presente historia secular se irá transformando en historia santa y, por consiguiente, será más plenamente humana" (L.P.N.E. 20). Recordemos, como nos insistía Juan Pablo II, que una fe que no llega a hacerse cultura, es una fe aún no plenamente asumida ni plenamente vivida.

**12.** Para formar este hombre nuevo la Palabra de Dios merece un tiempo y un lugar destacado. Subir con Jesús a Jerusalén debe convertirse en un progresivo conocer y asimilar sus palabras, sus gestos, sus silencios. Esto sólo se logra desde una lectura pausada y contemplativa de las Sagradas Escrituras. Necesitamos volver al asombro de la fe que nos descubre que es Dios quién viene hacia mí, que es Él personalmente quién me dirige su palabra, decirle: "habla, Señor, que tu siervo escucha", es la única actitud del hombre de fe, del oyente, ante un Dios que nos habló.

**13.** Estamos acostumbrados a una lectura rápida e informativa de lo que leemos, esto no siempre nos ayuda. Demorarnos en un texto de la Palabra de Dios es crear un clima de oración que nos permite abrir nuestro corazón e inteligencia, para iniciar esa experiencia de sabiduría que nos hace "gustar" el camino de conversión, que es una llamada al encuentro y discipulado con el Señor. La asimilación de la Palabra es como la lluvia suave que llega a lo hondo de la tierra y la hace fértil.

**14.** La lectura contemplativa de la Palabra de Dios tiene mucho que ver, además, con la tarea evangelizadora de la Iglesia porque es su primera fuente. La evangelización debe llegar a las raíces profundas en las que nace una cultura, porque debe: "alcanzar y transformar con la fuerza del evangelio los criterios de juicios, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad..." (E.N. 19).

**15.** Su lectura, si es posible diaria, es el inicio de un diálogo con el Señor que ilumina, sana y reconstruye la armonía de nuestra vida. Hay un desgaste en la vida espiritual que va debilitando las convicciones, como la alegría en lo que creemos. Cuaresma es un tiempo propicio para crear ese espacio de meditación que permita fortalecer las razones de nuestra fe, su ardor espiritual y espíritu misionero. Para iniciar toda tarea misionera, nos decía el Papa en Aparecida: "es condición indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios" (Ap. 247).

**16.** Entre los varios temas que nos presenta el documento "Hacia el Bicentenario" quisiera detenerme, para concluir, en uno que nos puede ayudar a reflexionar sobre nuestra vida y compromiso en la sociedad. Me refiero al tema del diálogo como una actitud que nos permitirá, dice el texto: "proyectar el futuro del país y un país con futuro" (18), pero agrega una reflexión que considero importante en toda relación humana, también en la Iglesia: "nunca llegaremos a la capacidad de diálogo sin una sincera reconciliación. Se requiere renovar una confianza mutua que no excluya la verdad y la justicia" (19). Tocamos un aspecto central de la moral, del obrar cristiano.

**17.** Es decir, si bien la reconciliación puede ser considerada como el término de un proceso al que arribamos luego de diversas etapas, parecería que su espíritu, el deseo de reconciliación, debe estar al principio. Cuando existe este espíritu todo aquello que dificulta el proceso del diálogo, sean heridas, historias, desconfianza, comienza a ser algo que puede ser superado. Diría que el pasado comienza a ser iluminado por el futuro, dicho en otras palabras, por la verdad escatológica del Reino de Dios que ya es presente y horizonte de plenitud para el hombre de fe.

**18.** Este espíritu de reconciliación que nos dispone al diálogo se convierte en signo de esperanza, que sostiene nuestra condición de peregrinos. La virtud teologal de la esperanza es una gracia que acompaña nuestro caminar en este mundo hacia la patria celestial, hacia aquel "domingo sin ocaso". Por ello, este espíritu de reconciliación como acto de fe en la vida del Reino de Dios, se vive mirando más al futuro que al pasado, más a la misericordia que al juicio (cfr. Sant. 2, 13). El espíritu de reconciliación no espera el gesto del otro, se pone en camino hacia él como apóstol de una buena nueva, ya realizada en Cristo, de la cual se siente agradecido y, al mismo tiempo, llamado a ser su testigo. Este espíritu ya no es ley, es Evangelio.

**19.** En la misericordia, como en todas las bienaventuranzas que nos hablan del Reino de Dios: "resplandece la nueva imagen del mundo y del hombre que Jesús inaugura y en la que se invierten los valores. Son promesas escatológicas.... Cuando el hombre empieza a mirar y a vivir a través de Dios, cuando camina con Jesús, entonces vive con nuevos criterios y, por tanto, ya ahora algo del éschaton, de lo que está por venir, está presente" (Benedicto XVI, Jesús de Nazaret, 99).

**20.** La vida de las Bienaventuranzas expresan la identidad plena del discípulo. En ellas él está unido en su vida y destino con el Señor: "ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí" (Gal. 2, 20). Por ello las Bienaventuranzas sólo se comprenden desde Cristo, porque ellas son: "la transposición de la cruz y la resurrección a la existencia del discípulo. Pero son válidas para los discípulos porque primero se han hecho realidad en Cristo como prototipo" (o.c. pag. 101). Este lenguaje puede parecer inalcanzable, pero es real y posible desde la presencia viva de Jesucristo.

**21.** Estas paradojas de las bienaventuranzas (cfr. Mt. 5, 3-12; Lc. 6, 20-23), manifiestan el hoy de la pascua de Cristo en la vida del cristiano. En esta misma línea san Pablo presenta la vida del Reino de Dios como una realidad presente y al mismo tiempo, objeto de esperanza (cfr. 2. Cor. 6, 8-10; 2 Cor. 4, 8-10). En esto comprendemos porqué el discípulo vive, incluso en el sufrimiento o tribulación, la paz y la alegría que provienen de vivir ya en la verdad y el gozo del Reino de Dios.

**22.** Creo que esta reflexión del Santo Padre, hecha desde una lectura cristológica de las bienaventuranzas, ilumina el sentido de la presencia de Jesucristo como gracia que transforma y eleva la vida del discípulo. La reconciliación y la misericordia son "signo y anticipo" de la nueva creación; en ellas "damos razón de nuestra esperanza" que es Cristo muerto y resucitado, "locura para algunos" nos dirá san Pablo, pero "fuerza de Dios" para los que creen (1 Cor. 1, 18).

**23.** Próximo a viajar a Roma para realizar la "Visita ad Limina Apostolorum", mi primera como Obispo de esta Iglesia, he querido compartir esta meditación para vivir juntos este santo tiempo de Cuaresma. Quiero decirles, además, que todos ustedes, queridos hijos y hermanos de esta Iglesia que me ha sido confiada, estarán presentes en mi oración y en mi encuentro con el Santo Padre. Le llevaré el testimonio de comunión y fidelidad de la Iglesia en Santa Fe con la sede de Pedro.

**24.** Pongo en manos de María Santísima, Nuestra Madre de Guadalupe, este tiempo de gracia y de conversión que vamos a iniciar. Reciban junto a mi afecto y oraciones, mi bendición en el Señor Jesús y María Santísima.

**Mons. José María Arancedo**, arzobispo de Santa Fe de la Vera Cruz  
Los Algarrobos, 2 de Febrero de 2009.  
Fiesta de la Presentación del Señor